

Fernando Lalana

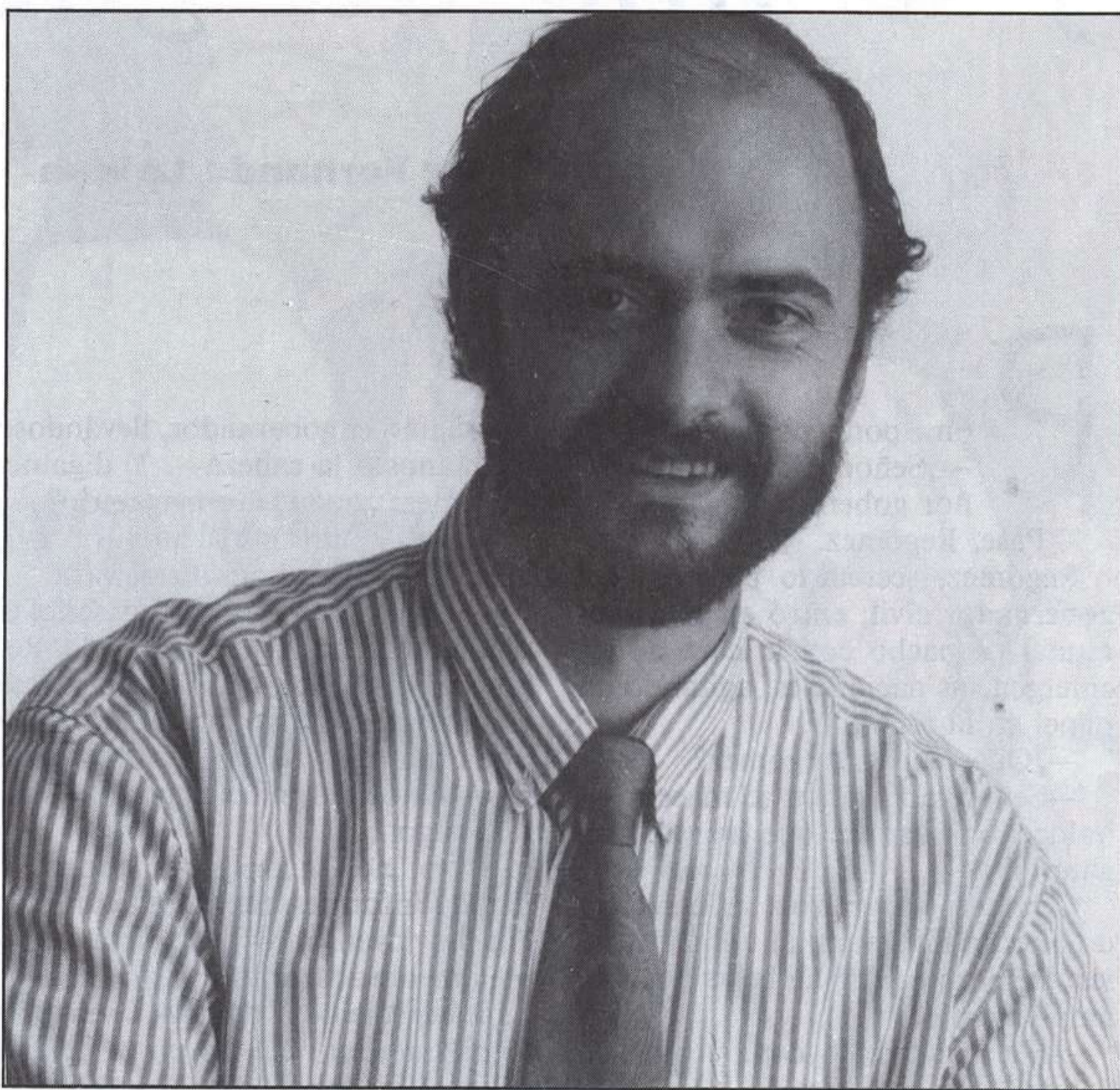
Hola, lectores infieles, traidores:
Soy Fernando Lalana, arquitecto frustrado, actor frustrado, ferroviario frustrado, cuentista frustrado. Soy una frustración andante y bastante calva, encima.

Soy escritor profesional porque, creo, no conozco ninguna otra manera a mi alcance de ganar dinero con el que cubrir esas necesidades absurdas que nos imponemos los seres humanos. Como, por ejemplo, comer cada día.

También me dedico a esto porque así puedo hacer lo que me da la real gana, lo cual se traduce en escribir poco y tener mucho tiempo libre para perderlo en otras actividades: el teatro, principalmente; aunque también los rallies (ya no), domar elefantes (ya tampoco) y hacer fotografías (apenas). Entre otras cosas.

Conste que escribir también me gusta, y mucho. Pero menos. Si por mí fuera, sólo escribiría teatro; comedias divertidas con repartos extensísimos, como las que hacía Jardiel Poncela. Y novelas para gente joven. O para jóvenes adultos. O para adultos que se sienten aún jóvenes. O para niños muy, muy, pero que muy mayores. Ése es mi drama.

Yo soy un escritor infantil. Dicen. El 85 % de mi obra publicada la conforman cuentos puramente infantiles. Pero, lo que son las cosas, tengo la sensación de que eso no es realmente lo mío. Las ventas son buenas, pero los reconocimientos, escasos. Apenas algún galardón poco importante. Finalista varias veces (del Barco de Vapor, del Lazarillo...) y nunca ganador. Me empeño en que los niños se rían de los adultos, y a los adultos, esto, no les hace ni pizca de gracia, por lo visto. Y se me cabrean como monos.



Mis novelas, en cambio, se cuentan por éxitos: *El Zulo*, ocho ediciones en seis años; Premio Gran Angular; Lista de Honor del Premio Pier Paolo Vergerio; traducida a varios idiomas, y que va a ser llevada al cine este mismo año.

Hubo una vez otra guerra, también Premio Gran Angular, Lista de Honor de la CCEI, Mirlo Blanco, de la Biblioteca de Munich...

Morirás en Chafarinas, tras entusiasmar a los editores antes de su publicación y tirar cinco ediciones en

menos de dos años, obtuvo el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil en 1991.

Absurdo, ¿no? Y, sin embargo, yo no puedo pedir más. Sobre todo, sin ser madrileño, ni catalán, ni andaluz. Ni siquiera gallego, ni vasco. Será que Echegaray y Caballero tenían razón al decir que «somos los aragoneses gigantes y cabezudos». Sobre todo, eso: cabezudos.

Tanto, que pienso seguir aquí, mirando cómo el Ebro con su soledad se marcha, que cantaba Labordeta.